

nen asuntos de importancia que resolver o se dan citas para concurrir en aeroplano a las casas de campo donde quedan al abrigo de la curiosidad y la impertinencia del público. No hay objeto en hacer decir por terceros lo que puede decirse en dos palabras de hombre a hombre. Y Madariaga no sirve para mensajero. Él tiene su propio mensaje que llevar no a las cancillerías ni al oído de los aburridos y atormentados gobernantes de este mundo irredento, sino al mundo mismo, cuyas deficiencias, sublimidades, tristezas, tristezas y placeres conoce como observador perspicaz y desinteresado. La idea de la República Española

de movilizar la "intelligentsia" española dedicándola a la diplomacia, arranca de un sentimiento generoso y es una reacción contra la torva actitud de anteriores gobiernos contra toda manifestación del talento. Pero en las labores del diplomático la inteligencia española va a inmovilizarse. Hace más falta en la nueva república, puesta hoy por los hados benéficos al cuidado de hombres de talento y de carácter, combinación de la química espiritual que no se prepara a voluntad sino por coincidencia fortuita de corrientes, cuyas largas intermitencias suelen ser causa de no pocas ni medianas desventuras en muchas regiones del tercer planeta.

B. S a n l n C a n o

### Rodó, guía de lectores jóvenes...

(Viene de la página 264.)

"Agregaré que la perfecta realización de tal obra implicaría la de . . . un texto de historia literaria, parco en nombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente a la relación de la actividad literaria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones, que concurren a imprimir el sello en la literatura de cada nación y cada época".

"Pero tratar de esas obras complementarias excede del propósito de este artículo. Sólo he querido en él indicar una vez más la deplorable insuficiencia, y petrificación de los textos usuales de literatura, y apuntar ligeramente la idea de ese libro humilde y benéfico con que sueño y que se escribirá cuando alguno de los que son capaces de escribirlo tenga la abnegación de quererlo escribir".

Hasta aquí el Maestro.

¿Y el propio Rodó no ha hecho esa obra que pide? Sí, ¡y en qué forma! Ese libro de literatura viva, en el que cada autor tiene existencia propia, gracias a esa pluma predestinada para extender a la palabra, en América, "el yugo de la forma", así como Cellini lo fue "para las substancias preciosas", está comprendido en la totalidad de las obras de quien murió en la tierra del arte, pero está disperso, sin unidad, porque siendo un gran maestro, su espíritu volaba demasiado para moldear prosa de índole exclusivamente didáctica. Son pocos los literatos que hayan ocupado un sitio alto, que no merecieran de Rodó una página de crítica superior, o, al menos, una frase oportuna capaz de provocar un reflejo inmediato de comprensión en el espíritu de quien la leyere. He podido comprobarlo en clase, al repartir entre mis alumnos las hojas que sirven de originales a esta antología, y al pedir a los jóvenes escribieran breves trabajos relacionados con el tema.

Se podrá objetar que al referirse a algunos problemas las opiniones resulten anticuadas. En esos casos he tenido buen cuidado de indicar la posición de la crítica

actual al respecto. También se podrá sostener que en alguna circunstancia no dice más que los textos comunes. Sí, pero ¿cómo lo dice! Sus frases esculturales, más que describir o narrar, sugieren. Y el sugerir, el "decir las cosas bien", es decir más. Quizás haya algo de benevolencia en alguno de sus juicios, al equiparar a autores de muy distintos méritos. De acuerdo. Pero eso no reza con el plano superior en el que se mueven los fantoches del *grand guignol* universitario en materia literaria.

Llegado a este punto, quiero hacer una advertencia al amigo lector: este libro sólo puede dar una impresión fragmentaria de la obra de Rodó. No es la síntesis de ningún capítulo ni de ningún volumen. Es simplemente una iniciación. Sepa el alumno de Tercero que lea el librito, que de las producciones del llorado literato compatriota pueden sacarse juicios para acompañar el estudio de los autores de su curso, de cuarto año y de preparatorios, pero que, sobre todo, se puede obtener un enorme material, a fructificar en la vida. Por eso este tomo está dedicado a ti, joven que recién inicias los estudios literarios. La intención del autor es sólo la de entusiasmar, para que empieces por conocer a un Rodó sencillo, que te ayudará en tus horas de indecisión, provocadas por la aparente libertad que te brinda la orientación actual dada a los estudios literarios en la enseñanza media. Lo demás lo harás tú solo o mejor dicho, con la compañía agradable de cualquiera de esas piezas maestras en las que se ha escrito un castellano casi sin parangón en América, y que constituyen el testamento literario de José Enrique Rodó.

Una paciente labor de lectura y anotación ha dado por fruto esa serie de pensamientos que he relacionado con autores, épocas, ideas estéticas y escuelas, mediante frases breves y sencillas, constituyendo el nexo de unión indispensable. No he tenido interés en publicar los comentarios que le han sugerido a Rodó poetas o prosistas de ese programa, con el nombre de ellos o de

sus obras como título. Eso es de fácil hallazgo y su publicación, aparte de extender esta antología, afectaría intereses respetables que no tengo por qué molestar. Hallará aquí el lector los juicios diseminados en libros, artículos o cartas que abarcan el período comprendido entre Garcilaso de la Vaga y el propio Rodó, de obligatorio estudio en el programa del tercer curso liceal. Se entiende que no todo es de valor parejo: Cervantes es el autor más citado y muy bien juzgado; Valera, quizás por cierta similitud espiritual, le arranca páginas admirables; Sarmiento, por contraste anímico y semejanza de talento, es el que a mi juicio, brinda el mejor capítulo de esta selección. Garcilaso, Hurtado, Ercilla, Bécquer, Bello y el mismo creador de Próspero, surgen claramente de la lectura de estas páginas. Menos interés ofrecen las críticas sobre Rodrigo Caro, Calderón, Quintana, Larra y Acuña de Figueroa. Y casi mínimo resulta lo que se podido seleccionar respecto a Fray Luis de León, Santa Teresa, el *Lazarillo*, Quevedo, Galdós y Zorrilla de San Martín. Finalmente, Rodó parece no haberse interesado en lo más mínimo por Leandro F. de Moratín.

¿Qué podría pensar él de esta simplificación? Es fácil entender que se trata de un gran atrevimiento. Pero quizás creyera en sus ventajas. Rodó jamás rehuyó el facilitar al lector la explicación hasta el detalle de cada una de sus páginas. Para probarlo, si no estuvieran sus auto-glosas, bastaría esa serie numerosísima de ejemplos con que encadena y demuestra sus enseñanzas. Y se aclara debidamente la cuestión si se analiza la posición de Gonzalo Zaldaumbide en un aspecto de sus comentarios sobre el carácter y la obra del artífice de *Los seis peregrinos*.

Al referirse a las parábolas, en su interesantísimo ensayo titulado *José Enrique Rodó*, dice el distinguido intelectual ecuatoriano: "Muy bellas son las parábolas, y muy suyas. Pero ¿a qué, si es tanta y tan vivida su claridad, rodearlas con cauta y prolija mano de comentarios y de tan explícitos desarrollos? Precédelas un fácil apotegma, pero a modo de tesis por probar; y ya su sola enunciación es bastante a fijar su alcance y significado, y aun a volver inútil la alegoría, como no sea de puro adorno; luego viene ésta, en que la idea encarna con seductora precisión; pero al símbolo viviente y a la idea clara sigue todavía la comprobación de la adecuación del uno a la otra. La encantadora fábula pierde así lo que le quedaba de su atractivo encanto. A la sugestión alada sigue la maniática explicación. Entre el exordio y la peroración, presurada la pulpa lozana, exprime hasta su última gota . . ."

Será sin duda menos bella o menos elevada la que le demos, pero, por ser nuestra, es en nosotros, más eficaz. Rodó no consiente en dejarlas repercutir libremente" . . .